

i Libri



della Quercia

Proyecto artístico de Elisabetta Gnone
Cubierta: Barbara Baldi, con la colaboración de Lucio Leone y Alessia Martusciello
Diseño y maquetación de páginas en color: Barbara Baldi
Maquetación de páginas en blanco y negro: Thomas Fabbian
Ilustraciones: Claudio Prati
Colores: Barbara Baldi
Asesoramiento argumental: Guido Gnone

UNA PRODUCCIÓN



B O M B U S

Visita el pueblo del Roble Encantado
www.facebook.com/Fairy-Oak
elisabetta@bombusmedia.com

Título original: *Fairy Oak. Il Potere della Luce*
© del texto y las ilustraciones: Elisabetta Gnone, 2014
Traducción del italiano de Miguel García

© 2009 *i Libri della Quercia* Elisabetta Gnone

© 2016 Bombus S.r.l. por Elisabetta Gnone
(texto e ilustraciones)
www.bombusmedia.com

ISBN: 978-84-18538-95-7
Depósito legal: B 17.163-2021

© de esta edición, 2022 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán
Primera edición: mayo de 2022

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
www.duomoedizioni.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

Impreso en Grafica Veneta S.p.A. (Italia)

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Elisabetta Gnone

FAIRY OAK

EL PODER DE LA LUZ



Libro 3

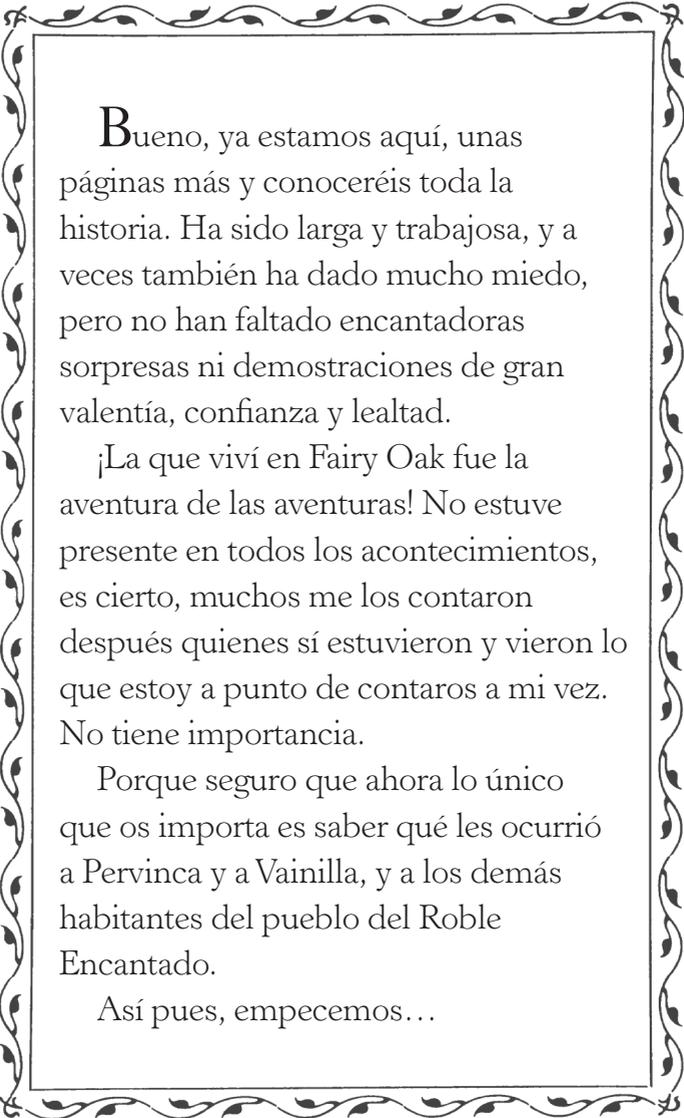


Duomo ediciones

*A Laura, reina de corazones,
y a Claudia, princesa de las flores.*

*Y al reino de brujas, magos,
gnomos, perros y gatos que las rodea.*

A Will, gracias desde lo más profundo del corazón.



Bueno, ya estamos aquí, unas páginas más y conoceréis toda la historia. Ha sido larga y trabajosa, y a veces también ha dado mucho miedo, pero no han faltado encantadoras sorpresas ni demostraciones de gran valentía, confianza y lealtad.

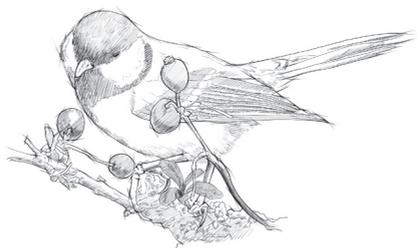
¡La que viví en Fairy Oak fue la aventura de las aventuras! No estuve presente en todos los acontecimientos, es cierto, muchos me los contaron después quienes sí estuvieron y vieron lo que estoy a punto de contaros a mi vez. No tiene importancia.

Porque seguro que ahora lo único que os importa es saber qué les ocurrió a Pervinca y a Vainilla, y a los demás habitantes del pueblo del Roble Encantado.

Así pues, empecemos...



La primera señal



Un gran copo de nieve cruzó por delante de nuestra ventana. Como solía hacer por las noches, había abierto mi diario para ponerlo al día. Pero enseguida mis pensamientos habían echado a correr, más veloces que la pluma.

Incapaz de darles alcance con la escritura, había cerrado el diario y, tras remeterles las mantas a las niñas, había buscado el descanso en mi ovillo de lana.

Con la llegada de los primeros fríos, un ovillo sobrante de los jerséis de las niñas se había convertido en mi cama, en lugar de la miga de pan, y a mí me había alegrado porque, aparte de calentarme, la lana desprendía el olor a las ramitas de abrotano que Dalia metía en cajones y armarios. Calentita, en aquel olor familiar, miraba la noche y pensaba. ¡Cuántas cosas habían sucedido desde mi llegada a Fairy Oak!



«Los primeros días no hacía más que sorprenderme», recordé con una sonrisa. Siempre boquiabierta, preguntando qué era esto o aquello... ¡Qué hadita más tonta y poco preparada era! ¡Y qué cara puse la primera vez que vi las casas del pueblo, de tejados empinados y muros de piedra! Oh, eran preciosas, con amplios jardines y verandas, pero también nuevas para mí, que venía del Reino de los Rocíos de Plata, donde no había casas, sino solo prados y flores, y tranquilas lagunas. Me maravillé al descubrir que también los seres humanos amaban las flores; tanto las amaban que, en invierno, las cultivaban resguardadas del frío en casitas transparentes que llamaban invernaderos. El de mi familia estaba pegado a la pared más soleada de la casa, y allí se extendía, cómodo y tranquilo, como un gato con la tripa llena, entre exuberantes rosales, matas de lavanda y hierbas aromáticas: malva, romero, menta, estragón... Al otro lado, en el más sombrío, crecían, en cambio, las azaleas y los rododendros. ¡Y cómo crecían!

Con los años, habían ocultado el antiguo sendero que llevaba al jardín y, de mayo a junio, se cubrían de flores tan grandes como las pelotas con que jugaban los niños en las plazas soleadas del pueblo. Flores blancas, rosas, violeta... A lo largo de la valla que bordeaba la calle proliferaban las hortensias, mis preferidas; siempre esperaba ansiosa su floración, que llegaba poco después de



la de las majestuosas y elegantes peonías. Era un jardín magnífico el de mi familia.

¡Y la forma de las vestimentas! Ahora que me acuerdo, también fue una sorpresa. El ruido que hacían, sobre todo en invierno, cuando mágicos y sinmagia llevaban tantas prendas puestas, una encima de la otra, para protegerse del frío: fru... fru... hacían los largos vestidos de Lala Tomelilla, fru... fru... se oía cuando salíamos a hacer la compra, fru... fru... cuando se abrazaban entre ellos. Y también olían bien, con aromas a bizcocho, a flores, a casa... Ah, los olores de Fairy Oak, ahora los conocía bien, pero la primera vez que olisqueé el vino y el pan recién sacado del horno, ¡hadamía!, a punto estuve de desmayarme. No porque no fueran buenos, entiéndase, sino porque en el Reino de los Rocíos de Plata no existía nada parecido. Ni el perfume de la hierba recién cortada, ni los efluvios de la uva prensada, ni el aroma de las tartas de moras o el olor cálido del humo que en invierno salía de las chimeneas y picaba en la nariz, ni mucho menos el del mar durante una tormenta... Tuvo que transcurrir todo un año antes de que aprendiera a reconocer las estaciones por las costumbres de los seres humanos.

Habían pasado diez desde entonces, diez años desde mi primer encuentro con quien, mandándome llamar, había cambiado mi vida.



«Querida Tomelilla, conocerla ha sido la mayor emoción», pensé, arrebujiándome en mi ovillo. La estufa había quemado el último leño de la noche y el aire de la habitación empezaba a enfriarse. «¿Cuánto tiempo todavía?», me dije. «*Si aceptas, tu trabajo con nuestra familia durará quince años, transcurridos los cuales serás libre para ocuparte de otros niños.*»

Eso escribía mi bruja en su carta. Así pues, otros cinco años y, después, las niñas serían lo bastante mayores para arreglárselas solas y yo tendría que dejar aquella casa. Volví a estremecerme al pensar que el tiempo había pasado volando.

¡Cuántas cosas habíamos vivido! Cosas buenas, cosas malas, cosas sombrías y emocionantes, ¡desde el primer día! De una punta a otra de aquel pasillo esperando que nacieran... ¿y luego? Por fin llegaron, con doce horas de diferencia entre una y otra, Pervinca y Vainilla, idénticas y distintas desde aquellos mismos instantes. Pero no descubrimos cuánto lo eran hasta el día en que el enemigo lanzó su primer ataque: mientras luchaban por defenderse, Vainilla reveló que era una bruja de la Luz y Pervinca, una bruja de la Oscuridad. Entonces todo resultó claro: su distinto carácter, sus temores, sus pasiones siempre opuestas.

«Pobre Tomelilla —pensé—, cuánto lamentó no haberlo adivinado, pero ¿cómo podía saberlo? ¡Jamás se



había dado que hermanos o hermanas poseyeran poderes opuestos!»

Desde entonces estábamos en guerra.

En los últimos meses, los ataques del enemigo se habían hecho más frecuentes y feroces, y el miedo se había adueñado de los ánimos como las malas hierbas se adueñan de los campos. Incluso en los escasos momentos de paz era difícil extirparlo. Más bien se extendía, iba ganando terreno y dejando cada vez menos espacio a la alegría y las sonrisas. Y como siempre sucede cuando la libertad de un pueblo y su supervivencia pasan por una dura prueba, la confianza y la paciencia desaparecen. Así, también en Fairy Oak se habían instaurado la desconfianza y el rencor.

Eran días malos de verdad, y para nuestra familia lo eran milvecesmilmás. Y eso porque, ahora lo sabíamos, ¡él quería a las gemelas!

Tomelilla me lo había explicado bien. Luz una, Oscuridad la otra, unidas por la sangre y por el amor, Vainilla y Pervinca representaban aquello contra lo cual el Terrible 21 luchaba desde siempre: el equilibrio, la armonía, la vida.

Por eso había intentado raptarlas, por eso asediaba nuestro pueblo: para capturarlas y llevárselas. Quizá a una sola, pues le bastaba con separarlas, con hacer que alguna se alejase de la otra, con el pensamiento y



con el corazón, para que la antigua alianza entre Luz y Oscuridad se rompiera. Entonces él sería el rey. El despiadado rey de una tierra a oscuras.

Me volví para mirarlas. Habría hecho lo que fuera para protegerlas. No solo dejar de dormir, sino también de comer, de beber, de existir, si era necesario. Eran mis niñas, las había visto crecer y, para un hada, eso crea un lazo irrompible; sus lindas caras, sus naricitas respingonas, sus cabellos rebeldes, sus mejillas blancas, su respiración leve... eran las cosas más familiares para mí. Las quería profundamente y no permitiría que nadie les hiciera daño.

Sin embargo, en aquellos días funestos había ocurrido algo que ahora me hacía sentir más impotente que nunca frente al enemigo.

Durante la última batalla, pese a que criaturas terroríficas y espantosas rodearan Fairy Oak, Pervinca se había alejado del pueblo. Al día siguiente, serena y sin un rasguño, y aparentemente sin miedo, había regresado. ¿Dónde había estado? «Caí en una trampa», había contado. ¿Qué clase de trampa? Ella no lo había explicado y eso me tenía un tanto inquieta.

También aquella noche, pese a que todo estuviera en calma, algo me perturbaba. Acallando mis pensamientos un instante, me di cuenta de que dentro, y fuera también, el silencio era tan absoluto que llegaba a molestar



en los oídos. Ni un ruido, ni siquiera el de la madera que a aquella hora crujía al escapársele el calor del día; ni una hoja seca que temblara con el aliento del invierno, ni un búho que ululara, ni una lechuza...

«Qué extraño —pensé—, es como si esta noche de quietud estuviera en vilo, en una oscura... espera.»

Incluso los árboles, que siempre habían sido amigables conmigo, me miraban con expresión hostil. Las finas ramas negras parecían afilados garfios listos para apresar... «¿Quién, quién se esconde en la oscuridad?», me pregunté atemorizada. ¿Iba a ocurrir algo? Mis antenas no vibraban... Bueno, pero eso no significaba demasiado.

Miré el cielo en busca de alguna señal y, para mi sorpresa, lo encontré mudo, con la faz de un solo color. «También esto es insólito —me dije—, ¡es de noche y el cielo está gris!».

Mi pensamiento corrió enseguida al Terrible 21 y, de pura desazón, hablé en vez de pensar.

—¡El enemigo anda de nuevo a la caza! —dije en voz alta.

Inmediatamente, un arrebató de rebelión me invadió y se impuso.

«No, no, no... —protesté para mis adentros, sacudiéndome de encima los malos pensamientos—. Son tus ojos cansados, Felí, y la angustia y las preocupaciones



de estos días los que te impiden vislumbrar esperanzas. No es un nuevo ataque lo que el valle siente llegar, sino una señal de paz.»

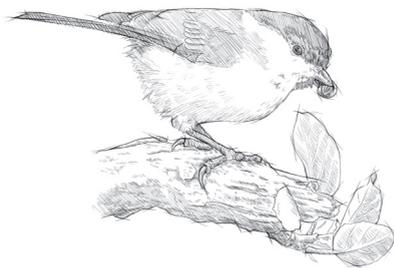
Y en el fondo, ¿por qué no? Después de tantos meses de batallas, enfrentamientos y sustos, ¿acaso no nos merecíamos una pequeña señal de esperanza que nos infundiera valor y serenidad a todos nosotros, tan debilitados? Que llegara, pues, y pronto.

«Oh hadadelashadas, si está a punto de suceder algo, haz que sea buenacosa...», rogué mirando afuera.

No había terminado de pensarlo cuando un copo de nieve entró en el inmóvil cuadro de la ventana y, ajeno al tétrico panorama que yo veía por ella, le dio vida danzando de norte a sur. Fulminada por aquella visión, salí del ovillo, atranqué la ventana con un encantamiento de hada... y volé para ir con Tomelilla.



Una sombra de miedo



Yo era la única luz de la casa y mi resplandor formaba un círculo de luz en torno a mí. Un círculo pequeño, aunque suficiente para alumbrar las estrechas paredes de madera de la escalera y los rostros retratados en las fotos colgadas a uno y otro lado: los abuelos de Dalia y Tomelilla, algunos tataratíos abuelos, Tomelilla el día en que recibió su primer premio, Dalia con las niñas, Cícero con el catalejo, Vainilla con un pajarito posado en su dedo, un gato enroscado en una maceta de brezo, las niñas en su primer día de colegio, una niñita pecosita con un perro en brazos, el diploma de «Meteorólogo Capacitadísimo» de Cícero, los diplomas de aprendices de bruja de las niñas, yo abriendo mucho los ojos delante del tarro de mermelada el día en que Tomelilla me lo regaló, unos elegantísimos Dalia y Cícero en pequeños troncos de terciopelo rojo el día de su boda, el pueblo en un



día de nudos... «¿Y esta? No la recordaba», me dije, deteniéndome un momento ante la última foto. «Esperemos que Tomelilla no duerma demasiado profundamente. O más bien esperemos que no esté durmiendo; ¡si lo está, tendré que alzar la voz y los despertaré a todos!»

Llamé a su puerta.

¡Toc, toc, toc, toc!

—¡Soy Felí, Tomelilla! ¡Tengo que decirle algo!

—Entra —dijo calmadamente su voz desde dentro.

Empujé la puerta y, como la cama se encontraba vacía, la busqué en la oscuridad. Estaba delante de la ventana, de rodillas sobre un cojín. Vestía la suave bata de lana azul sobre la que, en aquel momento, resaltaba su trenza blanca que le caía por la espalda. Miraba afuera con los codos apoyados en el antepecho y la barbilla entre las manos.

—¿Tú también lo has visto? —me preguntó—. Me encanta cuando nieva en Fairy Oak.

—Oh, a mí también —dije, y alcé un poco la voz—. ¡Porque la nieve es nuestra AMIGA! ¿No cree, Tomelilla, que la nieve es nuestra AMIGA?

Ella me miró extrañada.

—¿Qué te ronda por la cabeza, o es que te has tragado una cartilla escolar? ¿Y por qué gritas tanto?

—¿Se acuerda de aquel invierno, cuando Vainilla, muy pequeñita, se alejó de casa para jugar en la nieve y dimos con ella siguiendo sus huellas? ¡Y piense en lo



mucho que se divierten los niños jugando a los juegos de medianoche que organizan ustedes en el jardín cuando hay mucha nieve!

Ella reflexionó un momento:

—Es cierto que esta nevada podría proporcionarnos alguna ventaja. En la nieve se dejan huellas muy visibles y al oscuro enemigo podría resultarle más difícil esconderse.

—¡Exacto! —exclamé, contenta de que me hubiera entendido—. La capa negra de los emisarios resaltará como el ala de un cuervo y eso facilitará la tarea de la ronda que vigila el pueblo. Y también la nuestra, la de las hadas, debo reconocerlo. Por no hablar de la reverberación; ¡mientras haya nieve, no habrá nunca una oscuridad total! ¡La nieve está de nuestra parte!

Ella sonrió y volvió a mirar afuera.

Nos quedamos calladas unos instantes, mientras la nieve silenciosa borraba los contornos y uniformizaba el mundo a nuestro alrededor.

Pero de repente algo pasó volando por delante de la ventana e hizo remolinear los copos.

—¿Qué era eso? —pregunté, alejándome asustada de los cristales.

—¡No tengo ni idea! —exclamó Tomelilla.

En ese instante, la puerta de casa se cerró dando un golpe.



¡BLAM!

Nos volvimos al mismo tiempo y, con el corazón en un puño, corrimos escaleras abajo.

En el rellano inferior encontramos a Cícero en pija-ma, que bajaba por delante de nosotras.

—¿Tú también lo has oído? —le preguntó Tomelilla.

—S-sí —contestó él, todavía medio dormido—. ¿Ha salido alguien?

—¡O ha entrado! —apuntó Tomelilla—. ¡Vosotros id a la habitación de las niñas, yo voy abajo!

La puerta del cuarto de Vainilla y Pervinca estaba entreabierta, como yo la había dejado. La empujé y un rectángulo de luz iluminó a Pervinca o, mejor, lo que se adivinaba que era ella, porque las mantas la tapaban hasta más arriba de la cabeza. Entré seguida del señor Cícero. También Vainilla dormía, estirada boca arriba, como solía, con una mano detrás de la cabeza y una rodilla doblada.

—Arriba todo está tranquilo —le dije a Tomelilla al llegar hasta ella en la planta baja—. ¿Y aquí?

—Aquí también parece tranquilo —me contestó ella, que venía de la cocina. Con las prisas, se le había olvidado ponerse las pantuflas y caminaba de puntillas sobre el frío suelo de piedra.

—Bien, entonces me vuelvo a la cama —dijo Cícero desde la escalera.



—También nosotras —dije, mientras Tomelilla, detrás de mí, meneaba perpleja la cabeza.

—Me pregunto qué habrá sido ese rui. . .

Se calló y dio lentamente un paso andando hacia atrás.

—¿Qué ocurre? —pregunté en voz baja.

Ella no me contestó. Había apoyado los talones en el suelo y caminaba sin moverse del sitio.

—¿Qué ocurre? —le pregunté otra vez.

—Aquí el suelo está mojado —dijo.

—¿Mojado?

—Sí, ¡alguien ha entrado!

—Pero si solo está mojado ahí. . .

Intuyendo lo que pensaba, Tomelilla dio unos pasos alrededor.

—No, por aquí está seco —dijo, retrocediendo. Estaba pensativa. Luego, de improviso, tuvo un presentimiento—. ¡Quien haya entrado sabe volar! —exclamó con los ojos en forma de cristal de nieve mientras corría a la cocina.

Salió de ella con un saquito blanco.

—Deprisa, avisemos a Cícero y a Dalia.

Subimos la escalera a todo correr y volvimos a sacar de la cama al pobre señor Cícero, y esta vez también a la pobre señora Dalia.

—¡Coged un puñado de harina y sopladla alrededor de vosotros! —les ordenó Tomelilla.



—¿Eh? —profirió Dalia, incorporándose en la cama, toda desgredada—. ¿Es ya la hora de hacer el pan?

—No, no, no, ¡esto no tiene nada que ver con el pan! —le contestó Tomelilla, que le pasó la bata—. Tiene que ver con un intruso. ¡Si se ha hecho invisible, esto lo delatará!

Dalia saltó de la cama.

—¿Alguien ha entrado en nuestra casa? ¡Pobres de nosotros!

—En realidad, no estamos totalmente seguras de que haya entrado alguien, es solo una precaución —dije para tranquilizarla mientras Tomelilla le indicaba con un dedo que guardara silencio y se calmara. Temblando de frío y del susto, Dalia cogió la bata y se la puso por encima.

—No queremos provocar el pánico —dijo Tomelilla, abriendo el saquito de harina—. Por eso, dejemos que Vainilla y Pervinca duerman y tratemos de ser un poco astutos. Veamos, si fuese un mágico de la Oscuridad, podría desaparecer pero no desmaterializarse, ¿verdad? —Mientras se explicaba, Tomelilla empezó a repartirnos un poco de harina en las manos—. Y si, en vez de volar, anduviera, dejaría huellas, ¿cierto? Así que soplad continuamente harina alrededor de vosotros y, si veis huellas, gritad. Dalia, tú y Cícero inspeccionad la habitación de las niñas y el piso de arriba. Felí y yo rastrearemos el resto de la casa.



Empezamos por el fondo, es decir, por donde la casa daba más miedo: primero fuimos a la Habitación de los Hechizos. Luego, tras recorrer en sentido inverso el pasillo y subir dos peldaños, Tomelilla abrió la puerta del lavadero; las sábanas tendidas se hincharon hacia nosotras y yo me asusté.

—¡Si solo es la corriente, miedosilla! —me dijo mi bruja—. Mejor alumbra con tu luz ese rincón, ¡en lugares así es más fácil esconderse!

«¡Qué alegría me da!», pensé.

Tres peldaños más arriba del lavadero, a la derecha, estaba el cuartito bajo la escalera.

—¿También ahí dentro? —pregunté.

—¡Claro!

—Pero si ahí les cuesta entrar incluso a las niñas...

—¿Y? No sabemos cómo es de grande el intruso. Eso si es uno solo...

«¡Cielos!»

—Aquí no hay nadie. ¿Podemos volver arriba? —imploré, saliendo del cuartito más veloz que un rayo.

Por último entramos en la cocina, donde todo estaba ya listo para el desayuno y, desde allí, bajando un escalón, en el comedor; la estufa despedía aún algo de calor y por las ventanas vi que el jardín estaba ya blanco. Pasamos al salón de la chimenea, donde me sobresaltó un cric.

—Son las brasas, Felí, ¡nadie las ha apagado! —susurró



Tomelilla, que añadió—: ¡Mal hecho! Nunca se sabe qué abriga la ceniza... Alumbra el tiro de la chimenea, sin quemarte.

—¿Tengo que meterme ahí dentro? ¡Pero si está todo oscuro!

—¡Por eso tienes que entrar tú, Felí! ¿O he de transformarme yo? Venga, que yo no me separo de ti...

Miramos detrás de las puertas y bajo los sillones, después de lo cual fuimos al estudio de Cícero y a la despensa. Abrimos armarios, cajones, cada puerta y cada arcón de la casa hasta encontrarnos todos otra vez en el primer piso.

—Hemos soplado harina por todas partes —dijo Cícero, tomando a Dalia del brazo—. Ahora nos volvemos a la cama.

—Muy bien, muy bien —contestó Tomelilla—. Perdonad que os haya molestado.

Dalia hizo un gesto como diciendo «Figúrate» y nosotras, para mayor seguridad, comprobamos de nuevo la habitación de las niñas.

—¿Notas algo raro? —preguntó Tomelilla, entrando de puntillas.

Miré alrededor con atención: media habitación en perfecto orden, la otra media un completo desastre.

—Todo normal —respondí.

Tomelilla se levantó un poco la bata y, caminando



como una grulla en un cañaveral, salvó los obstáculos que la separaban de la cama de Pervinca.

—Nunca me explicaré esta diferencia —rezongó—. ¡Parece como si en esta parte de la casa la fuerza de la gravedad predomine sobre la fuerza de voluntad!

Tenía razón: Pervinca era demasiado desordenada y sus cosas parecían destinadas a vivir esparcidas por el suelo o amontonadas en una silla.

En la parte de Vainilla, en cambio, cada objeto tenía su sitio, su destino. La colección de gomas y lápices bien organizada en botes, los libros alineados en las repisas, los juguetes en su cesto, la cartera del colegio cerrada a los pies de la mesa, la ropa guardada, excepto un vestidito de lana a cuadritos grises y azules que estaba extendido sobre la silla, listo para que se lo pusiera al día siguiente.

Comprobé que el despertador estuviera puesto a la hora adecuada, di un golpecito al libro que sobresalía de la mesilla y me dirigí a la puerta pensando que Tomelilla haría lo mismo. Pero vi que, en cambio, se había sentado al lado de Pervinca y la miraba con los ojos llenos de aprensión.

Estaba muy recta, con las manos en el regazo, y se la veía incómoda. Por otra parte, estaba sentada sobre una montaña de ropa: la de aquel día, la del anterior, la del anterior al anterior... Pervinca la amontonaba tal como caía de semana en semana sobre lo que, en nuestro



recuerdo, era una bonita silla roja de paja trenzada al modo tradicional de Fairy Oak.

Sí, el desorden imperaba en el reino de Vi. Hasta su minúscula mesilla estaba atestada de objetos: el anillo de Grisam, la brújula mágica que le había dado Tomelilla, un vaso de agua que no había cambiado desde hacía días, una pinza para el pelo y tres libros, *Cómo criar una araña en casa*, el Libro Antiguo y un manual que le había pedido prestado a su padre, titulado *Rincones encantadores y senderos secretos del valle de Verdellano*. Este último estaba abierto con las páginas hacia abajo. Tomelilla puso una señal y lo cerró. Luego, con un largo suspiro, se inclinó para darle un beso a Pervinca y se levantó. Cuando estaba cerca de la puerta, se tocó la parte trasera de la bata y, en ese momento, un gesto de amargura en las comisuras de su boca borró de su cara todo rastro de ternura.

—¿Va todo bien? —le pregunté en voz baja.

Ella no dijo nada y salió.



Un corazón con frío



En invierno, las gaviotas abandonaban el acantilado para buscar refugio sobre nuestros tejados, más templados. Al atardecer, y a veces toda la noche, las oíamos parlotear encima de nuestra ventana, y nos divertía pensar que estaban contándose vuelos fantásticos y audaces acrobacias, impulsadas por las corrientes de aire. Por la mañana, además, nos despertábamos con sus chillidos.

Aquel día fueron los niños los que despertaron a las gaviotas, y también a Vainilla, media hora antes de que sonara el despertador.

—¡Aaah! ¡Venid a ver! —exclamó una Babú radiante asomada a la ventana—. ¡Ha nevado! ¡Todavía nieva! ¡Están todos fuera, jugando!

—¿Quieres bajar la voz? —gruñó Pervinca desde su cama—. Resulta que yo estoy durmiendo todavía.



Vainilla no podía creerse lo que oía.

—¿Dormir?! Pero ¿es que no has oído lo que he dicho? ¡Hay montañas de nieve ahí fuera! ¿Cómo vas a dormir? Tenemos que salir a jugar también, y tú, hadita guapa —me dijo a mí—, no nos digas que no podemos, porque nadie va a mantenerme lejos de la nieve, ¡ni diez mil enemigos!

—Oh, no pretendo ser ningún obstáculo para vosotras —dije—, pero el colegio espera. Si queréis divertir os un poco en la calle, tendréis que vestiros ahora mismo.

—¿Lo has oído, Vi? —le dijo Vainilla, sacudiendo la cama de su hermana—. Levántate, así podremos estar un poco en el jardín y luego pasaremos a buscar a Flox... Quién sabe cuántas capas de ropa se pondrá hoy.

Vainilla desapareció en el baño y no dejó de cantar ni siquiera mientras se lavaba los dientes.

—No tengo ganas de ir al colegio —protestó Vi desde debajo de las mantas.

—¿Y tampoco de ver la nieve? —le pregunté—. Hum... qué raro. De todas formas, te entiendo. No siempre se tienen ganas de hacer lo que se debe. Pero Babú tiene razón, hoy es un día especial.

—Me da igual, no me apetece.

—¿No has estudiado?

—¡Sí que he estudiado!

—¿Te has peleado con alguien?



—Todavía no, pero si las cosas siguen así...

—¿Así cómo, qué ocurre?

—Nada, no ocurre nada —contestó Pervinca, que se volvió del otro lado—. Por favor, Felí, ¿podemos decirles a mamá y a papá que hoy no me encuentro bien?

«¡Ni hablar, señorita! —pensé—. Por este año ya se han dicho bastantes mentiras.»

—¿Por qué, en cambio, no les decimos lo que acabas de decirme a mí? —sugerí.

—Entendido —resopló ella, apartando las mantas—. Ya me levanto.

Se sentó contra el cabecero y sacó trabajosamente las piernas de la cama.

—Pareces cansada, Vi —le dije—. ¿Qué te pasa?

—No es nada, estoy bien, Felí, quédate tranquila. Pero te advierto que voy a vestirme sin darme una ducha, tengo demasiado frío.

Bufando, metió una mano en el montón de ropa de la silla y sacó un par de pantalones de algodón.

—¡Ahí estaban! —exclamé—. No me digas que llevan ahí desde el verano.

—No sé, puede ser —contestó ella mientras se los ponía.

—Mira que son pantalones de verano y los pobres, después de haber pasado ahí tanto tiempo, tienen un aspecto un tanto restregosufrido. ¿Por qué no te pones



el vestido a cuadritos grises y azules, como Vainilla? Es grueso y cómodo, y con esta temperatura...

—¿Igual que Babú? No, no —dijo ella, negando con el dedo índice—. A Babú le quedan bien los vestidos, en cambio yo parezco un saco.

—¿Y eso desde cuándo, si sois iguales?

—No tiene nada que ver, Felí, es una cuestión de estilo, de porte, de manera de andar, llámalo como te parezca. Somos distintas.

—Si tú lo dices... Entonces ponte lo mismo que ayer.

—Está bien... Quiero decir, no, no puedo, esa ropa está... sucia.

—Ya veo. Déjala aparte, entonces, para que la lavemos —le dije—. Busca los pantalones de *tweed* con tirantes, esos normalmente te gustan.

—Ah, sí, esos sí —dijo ella, un poco más contenta—. ¿Dónde están?

—Un par de estaciones encima de los de algodón. Rebusca, que acabarás encontrándolos.

Como siempre, la primera en salir de la habitación fue Vainilla.

—¡AAAHH! —gritó—. ¡Ha nevado hasta dentro de casa!

—¿Qué? —exclamé. Luego me acordé y dije—: No, no, ¡solo es harina!

—¿Harina?



—¡Pobre de mí, lo había olvidado! —exclamó Dalia, apareciendo en la puerta de su habitación.

—¿Se puede saber qué ha pasado esta noche? —preguntó divertida Babú.

—Nada, nada, una original idea de tu tía para... —Dalia hizo un gesto que quería decir «Olvidémoslo».

—Será mejor que vaya volando hasta la cocina o dejaré pisadas por todas partes —dijo Babú, riéndose otra vez. Y entonces se elevó y bajó ligera como una pluma.

—Si quiere, después de haber llevado a las niñas vuelvo para echarle una mano —le dije a mamá Dalia.

—Gracias, Felí, pero no te preocupes —respondió ella—. Más valdría uno de esos encantamientos que hacen solamente los mágicos de la Oscuridad, de esos con que hacen desapare... ¡Un momento! —exclamó, dándose una palmada en la frente—. ¡Si tenemos a una!

Se volvió y entró en el cuarto de las niñas.

—Vi, tesoro, ¿te has levantado? Te necesitamos.

—Ya voy —contestó Vi—. Estoy ordenando mi ropa.

—¡Tierratrágame! ¿No tienes bastante con que nieve, es que quieres que se hunda el mundo?

—Je, je, qué graciosa —masculló Pervinca—. Pero no te emociones demasiado, que solo guardo la ropa de aquí encima y esta otra la llevo a lavar.

—¡Muy bien, mi niña! Luego, a ver si tienes cinco minutos para mí, debes hacer un hechizo.



—¿Un hechizo? ¿A ti?

—A mí precisamente no, a... Lo entenderás en cuanto asomes la nariz.

Para gran sorpresa de Tomelilla, Pervinca no le pidió ayuda ni tuvo que probar una y otra vez para hacer desaparecer la harina de la casa. Simplemente, movió la mano de un lado a otro en el aire, como si estuviera limpiando el polvo de un mueble invisible, y pronunció una palabrita, pero en voz tan baja que ninguno de nosotros la entendió.

Un instante después, la casa relucía.

—¡Asombroso! —exclamó entusiasmada Dalia—. Ahora que lo sé, ¿te lo pediré más a menudo!

Tomelilla, en cambio, no hizo ningún comentario, pero a mis ojos atentos no se les escapó un fugaz movimiento de sus cejas. Pervinca la había sorprendido una vez más.

—Venid a ver, ¡hay medio metro de nieve! —gritó Vainilla desde el jardín.

Volaba ojiemocionada de aquí para allá entre las ramas blancas, feliz y tan a sus anchas como un petirrojo o un muñeco de nieve. Mamá Dalia tuvo que perseguirla con el gorro y los guantes en la mano, y amenazarla con obligarla a entrar en casa si no se cambiaba de calzado.

Vi, por su parte, solo paseó un poco por el jardín; además, a aquella hora no podía volar, así que, con la



nieve hasta las rodillas, se acercó al estanque y se paró a observar el barquito de madera atrapado en el hielo.

Lo había construido ella misma el verano anterior uniendo con maña cáscaras de nuez y ramitas. Con un pedazo de tela encerada que le habría sobrado a algún marinero había hecho las velas, y otro trocito le había servido para la bandera. Antes de que el hielo lo dejara atascado, bastaba una ráfaga de viento para que navegara tan veloz como un bergantín. Y flotaba tan bien que Vi, un poco cruelmente, lo utilizaba para transportar caracoles y grillos de una orilla a otra.

—¿Quieres que te ayude a liberarlo? —le preguntó Vainilla, posándose a su espalda.

—Gracias, pero no, se rompería. Esperaré a que llegue la primavera, y ojalá que el viento no desgarré las velas. Si es así, lo volveré a hacer.

—Debe de sentirse muy desgraciado en su situación —comentó Babú—. Una fuerza lo empuja a navegar y otra lo obliga a quedarse donde está. Según tú, si pudiera elegir, ¿qué preferiría hacer?

—Es un barco de vela, nació para navegar y seguir al viento —contestó Pervinca.

—Entonces, ¿se siente atrapado?

—Bueno, no sé, solo es un barco.

—Si tú lo dices... ¿Nos vamos? —propuso Vainilla—. Oigo gritos en la calle y quiero ver quién hay.



Habladurías



Tardamos más de media hora en llegar al colegio, y no tanto porque Pervinca se hundiera en la nieve, sino porque Vainilla, que podía volar, encontraba todo fantástico y maravilloso, y se paraba continuamente.

—¡No es maravilloso el pueblo nevado?! —gorjeaba ante esto o aquello—. Y mirad esos fantásticos carambanos...

Por la calle nos habíamos encontrado con el joven Pajarillo; él y Pervinca caminaban por el medio de la calle, arrastrando un palo con el que de vez en cuando vareaban las ramas cubiertas de nieve.

—¡Sois libres! —gritaba la brujita de la Oscuridad, y las ramas, al soltar su lastre, se disparaban hacia el cielo. Solo después de que uno de esos lastres sepultara a Vainilla pudimos por fin acelerar el paso.

—¡Tengo nieve hasta en las bragas! —confesó Babú



mientras Pervinca le limpiaba el pelo y los hombros—. Brr... Me..., me estoy congelando.

—No, no te estás congelando. Levanta los pies...

Pervinca tomó de la mano a Vainilla y juntas se dirigieron a la escuela.

Iban charlando con Pajarillo, pero de repente Pervinca frunció el ceño. El joven Robin había dicho algo que no le había gustado.

En la plazuela del colegio, padres y hadas se esforzaban en que los niños dejaran de jugar. Por todas partes volaban grandes bolas de nieve y ya habían aparecido los primeros muñecos.

—Buenos días, Felí. Vainilla... Pervinca...

—Hola, Devién. ¿Flox ya ha entrado?

—No, debe de estar detrás de aquel muñeco de sombrero naranja.

—¿Detrás o... dentro?

—Tienes razón, Pervinca, quizá esté dentro. Quizá sea ella el muñeco. No me extrañaría.

—¿Podemos ir con ella, Felí? —preguntó Vainilla—. Todavía faltan cinco minutos para que suene el timbre.

—Id, pero quedaos donde yo os vea.

—Yo te espero aquí —le dijo Pervinca.

—¿No quieres venir a jugar?

—No, y casi mejor entro en clase y me siento en mi sitio, al calor.



—Como tú quieras, pero puedes quedarte con nosotras...

—No, no, voy a entrar. Luego nos vemos.

—Está bien, Vi.

Observé alejarse a Pervinca con las manos en los bolsillos y la cara seria mientras Babú corría a reunirse con Flox.

—En el colegio, los niños la evitan y hablan a sus espaldas —le dije en voz baja a Devién—. Y también por la calle... El otro día, ¡la señora Molliwid se llevó a rastro a su hijo hasta el otro lado de la calle para no cruzarse con nosotras! Imagínate. Y si vieras nuestra cesta de las cortesías, siempre medio vacía. La gente tiene miedo de cruzar nuestra verja. ¡Como si Vi fuese un ogro!

—Pues no lo es —dijo Devién—. Por eso se siente a disgusto. Hablando de ogros, por cierto, la mujer del alcalde viene hacia aquí.

—Felí, ¿puedo hablar contigo un momento, por favor? —graznó la señora Pimpernel mientras venía a mi encuentro.

«La que faltaba», pensé.

—Buenos días, señora Pimpernel, usted dirá —le contesté.

—Verás, Felí, me preguntaba..., bueno, a decir verdad nos lo preguntamos un poco todos, que qué tal está Pervinca.



Hablaba con una mano sobre el pecho, como si se ahogara o tuviera una sincera aprensión, no sé muy bien cuál de las dos cosas. Pero, desde luego, no era sincera.

—Scarlet cuenta que está muy taciturna —siguió diciendo—. Dice que apenas habla y anda siempre de mal humor. Mi marido, el alcalde, esperaba que tuviera alguna noticia oficial, quiero decir... acerca de lo ocurrido, algo que nos tranquilice... No sé si me explico.

Entonces el timbre del colegio sonó como un regalo del cielo: «¡DRRRRIING!», se oyó en aquel momento.

—Pervinca se encuentra perfectamente, señora Pimpernel, gracias —dije con una pequeña inclinación y alejándome de ella volando. Pero la «ogra» me agarró por las alas.

—¡Espera! —me dijo con una sonrisa maligna—. Vaya prisas. Estamos entre mujeres, ¿por qué tenemos que mantener en secreto algunas cosas? Se ve perfectamente que la pobrecita no está bien, y es normal, con lo que le pasó. Debió de ser tremendo, para un angelito como ella, estar sola en medio de tantos peligros, ¡y nada menos que DOS días! Pero, además, ¿qué es lo que le ocurrió, os lo ha contado? Ah, ya, la trampa. ¿Y qué clase de trampa, os lo ha dicho? En fin, que nos gustaría saber algo más. Todos los niños de Fairy Oak son como hijos nuestros, ¿no es así? Dile a tu bruja que el alcalde y su excelentísima mujer estarían encantados de recibirla,



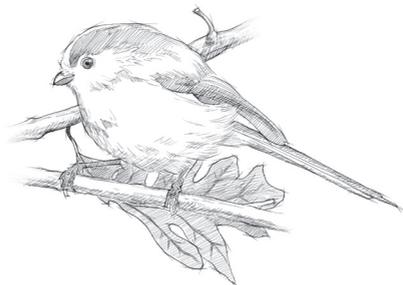
¿querrás? Gracias, Sifelizestarás... etcétera, etcétera. Te deseo que pases un buen día.

«¡Y yo le deseo que un quintal de nieve le caiga en la cabeza y la entierre hasta la primavera!», me habría gustado replicarle. Pero las hadas no dicen ciertas cosas, y tampoco deberían pensarlas. ¡Juro, sin embargo, que jamás en mi vida me habían ofendido tanto!

Me acomodé las alas en silencio, consolándome al pensar en la cara que habría puesto Vi si hubiera oído a la «excelentísima alcaldesa» llamarla angelito. Me entraron ganas de reírme.



El conserje de la escuela



Para entonces, las clases habían empezado. Yo ya no podía entrar en el aula, habría molestado a la maestra. Por eso me quedé fuera esperando la hora del recreo. No hacía demasiado frío y, además, tenía compañía. El señor Shuanmá, el conserje del colegio, llegaba en aquel momento por el caminito del jardín con una pala al hombro.

—¿Has visto cuánta nieve, querida Felí? —me saludó—. Esperemos que no sea una mala señal, que el tipo ese no haya decidido sepultarnos a todos —dijo, señalando con un gesto de la cabeza el peñón de Arrochar.

—Esperemos que no, señor Shuanmá, o mi intuición se ha tomado de verdad vacaciones. Tengo un superbuen presentimiento respecto a esta nevada, ¿sabe?

—Ah, ten por seguro que no voy a ponerme a discutir con un hada —dijo él, volviendo a meter la pala en la

